

Una hora después, Pahlen envió al emperador la dimisión de todos sus empleos, y por la tarde de aquel mismo día partió para Riga.

### XIII

Alejandro, que al subir al trono no había cumplido los veinticuatro de su edad, fué educado bajo la inmediata vigilancia de su abuela Catalina, y según un plan trazado por ella misma. Uno de los principales artículos de aquel plan decía así: «A los infantiles grandes duques no se les enseñará poesía ni música, pues para que este estudio fuese fructuoso habría que consagrar á él un tiempo excesivo.» Alejandro recibió pues una educación firme y severa, de la que fueron eliminadas casi en absoluto las bellas artes. Su ayo, La Harpe, elegido por Catalina, y al cual llamaban en la corte el jacobino, por ser, además de suizo, hermano del valiente general del mismo apellido que servía en el ejército francés, era el hombre más á propósito para inculcar á su discípulo las ideas generosas y rectas, tan importantes sobre todo para aquellos que tienen que poner en pugna los recuerdos de la juventud con las impresiones del resto de la vida. La elección de La Harpe por Catalina fué notable en un tiempo en que los tronos bamboleaban sacudidos por el volcán revolucionario, en que Leopoldo, según voz pública, moría envenenado, Gustavo sucumbía al puñal de Ankarstroem, y Luis XVI perecía en el patíbulo. Aparte lo que hemos manifestado, Catalina recomendó que se apartase de la mente de los infantiles grandes duques toda idea relativa á la diferencia de los sexos y al amor que los unía. El célebre Pallás les daba cursillos de botánica en los jardines imperiales, y la exposición del sistema de Linneo referente á los sexos de las flores y á la manera como éstas se fecundan, había ins-

pirado á los augustos escolares una infinidad de preguntas de difícil respuesta. Protasow, el celador de los príncipes, se vió en la necesidad de exponer á Catalina lo que pasaba, y Catalina llamó á su presencia á Pallás y le recomendó que eludiese toda explicación sobre los pistilos y los estambres; pero como esta recomendación hacía imposible ó poco menos el curso de botánica, y el silencio del profesor sólo contribuía á impedir más actividad á las preguntas, el curso fué definitivamente interrumpido. Semejante plan de educación, como es de suponer, no podía continuar largo tiempo, y sin embargo de ser Alejandro todavía muy niño, Catalina tuvo que pensar pronto en casarlo.

Tres fueron las jóvenes princesas alemanas conducidas á la corte de Rusia para que la abuela pudiese elegir entre ellas mujer para su nieto.

Catalina, al saber la llegada de las princesas á San Petersburgo, y anhelosa de verlas y juzgarlas, les envió recado de que se presentasen en el alcázar, y las aguardó imaginativa asomada á una ventana desde la cual podía verlas apearse en el patio. Poco después, el coche que conducía á las princesas se detuvo, y, abierta la portezuela, la primera que se apeó lo hizo sin afirmar los pies en el estribo.

—No será esa la que ciña la corona de emperatriz de Rusia, dijo la anciana Catalina moviendo á uno y otro lado la cabeza: es demasiado viva.

Bajó la segunda, pero enredándosele las piernas en las faldas y estando en un tris como no da con su cuerpo en tierra.

—Tampoco esa será emperatriz de Rusia, susurró Catalina: es torpe en demasía.

Por fin se apeó la tercera, guapa, majestuosa y grave.

—Ahí la emperatriz, dijo Catalina.

La favorecida era la princesa Luisa de Baden.

Catalina llamó á su presencia á sus nietos, mientras estaban con ella las princesas, á las cuales dijo que

como conocía á su madre la duquesa de Baden Durlach, nacida princesa de Darmstad, y los franceses habian conquistado su país, las había hecho venir á San Petersburgo para educarlas á su amparo. Poco después Catalina despidió á los grandes duques, que luego hablaron largamente de las tres princesas.

—Encuentro muy hermosa á la mayor, dijo Alejandro. —Pues yo á ninguna de las tres, repuso Constantino. Hay que enviarlas á Riga, á los príncipes de Curlandia; son buenas para ellos.

La emperatriz supo aquel mismo día la opinión de su nieto referente á la mujer que ella le destinaba, y miró como un favor de la Providencia aquella simpatía juvenil que armonizaba con sus intenciones. En efecto, el gran duque Constantino no estuvo en lo justo, pues la joven princesa, además de la frescura de su edad, tenía larga y abundosa cabellera rubio-plateada que le ondulaba sobre unos hombros esculturales, talle elástico y flexible, como los de las hadas que pueblan las márgenes del Rhin, y los grandes y zarcos ojos de la Margarita de Goethe.

Al día siguiente, la emperatriz devolvió la visita á las princesas, que se hospedaban en uno de los palacios de Potemkin; y como era la hora del tocado, les llevó suntuosas telas, alhajas y la banda de Santa Catalina. Al cabo de un instante de conversación, la emperatriz hizo que las princesas le mostrasen su guardarropa, y después de haber examinado una á una todas las piezas, besó en la frente á las tres, y dijo con faz risueña: «Amigas mías, cuando llegué á San Petersburgo no estaba yo tan rica como vosotras.» En efecto, Catalina había llegado pobre á Rusia; pero, á falta de dote, dejaba una herencia: Polonia y la Tauride.

Por lo demás, la princesa sintió, por su parte, lo que hiciera sentir. Alejandro, á quien Napoleón, andando el tiempo, apellidó el más garrido y primoroso de los griegos, era un joven apuesto, tesoro de gracias y de candor, de índole bonísima, y de carácter tan suave y

benévolo, que quizá rayaba en la timidez; así es que, en su ingenuidad, la joven alemana ni siquiera intentó disimular su simpatía por el zarewich; por manera que Catalina, resuelta á aprovechar aquella armonía, no tardó en anunciar á los dos, que estaban destinados uno á otro. Alejandro saltó de alegría, y Luisa derramó lágrimas de felicidad.

Iniciados los preparativos de la boda, la joven prometida se prestó buenamente á cuanto exigieron de ella: aprendió la lengua rusa, se instruyó en la religión griega, hizo pública profesión de su nueva fe, recibió en sus desnudos brazos y en sus lindísimos pies las santas unciones, y fué proclamada gran duquesa bajo el nombre de Isabel Alexiewna, que era el de Catalina, hija de Alejo.

A pesar de las previsiones de la emperatriz, en poco estuvo como aquel prematuro casamiento no es fatal para uno de los contrayentes, pero lo fué para el otro. Alejandro corrió peligro de quedarse sordo, y la emperatriz era ya vieja en edad temprana. El emperador, de gallarda apostura, y, como hemos dicho, heredero de Catalina en cuanto á ciertas cualidades de corazón, dejó que la corona nupcial, apenas marchitada en la frente de la desposada, se convirtiera para la esposa en corona de espinas.

Ya hemos visto cómo subió Alejandro al trono. La profunda amargura que el nuevo emperador sintió por la muerte de su padre lo hizo regresar á su mujer, que, por más que Pablo era para ella casi un extraño, le lloró como pudiera haberlo hecho una hija: las lágrimas buscaron las lágrimas, y los días de infortunio trajeron en pos las noches venturosas.

Narre la historia Austerlitz y Friedland, Tilsit y Erfurt, 1812 y 1814. Por espacio de diez años la luz de Napoleón iluminó á Alejandro; luego, todas las miradas, al seguir al vencido, se desviaron del vencedor: este es el momento en que nosotros vamos á presentarlo nuevamente en escena.

Durante aquellos diez años, el adolescente se hizo hombre, y al hacerse hombre no disminuyó para nada el ardor de sus primeras pasiones. Sin embargo, por muy galante y risueño que Alejandro se mostrase para con las mujeres, y cortés y afectuoso para con los hombres, de tiempo en tiempo se ponía sombrío al recuerdo mudo y terrible de la noche sangrienta en que oyera encima de su cabeza la agonía de su padre. Poco á poco y á medida de los años, aquellos recuerdos persiguiéronle con más frecuencia y amagaron convertirse en incesante melancolía. Entonces fué cuando intentó combatirlos ocupando la mente y entregándose al movimiento; entonces cuando soñó en reformas imposibles y emprendió viajes insensatos.

Educado por el hermano del general La Harpe, Alejandro había conservado de su educación literaria cierta inclinación á la ideología que sus viajes á Francia, Inglaterra y Holanda no hicieron más que aumentar. En todos los cerebros germinaban ideas de libertad nacidas durante la ocupación, y, en vez de refrenarlas, el emperador las fomentaba dejando caer de cuando en cuando la palabra constitución. Por último, llegó la señora Krudener, y á la ideología vino á unirse el misticismo: doble influjo bajo el cual se encontraba el emperador á mi llegada á San Petersburgo.

En cuanto á los viajes, para nosotros, parisienses, tendrían algo de fabuloso. Hase calculado que el emperador, en sus diversas excursiones dentro y fuera de su imperio, ha recorrido ya doscientas mil verstas, algo así como cuarenta mil leguas de á 20 el grado. Lo singular de tales viajes es que el día de la llegada es fijado el día mismo de la partida. Así, durante el año anterior al del mío, el emperador había partido para la Pequeña Rusia, el 26 de agosto, anunciando que estaría de regreso el 2 de noviembre, y el orden que preside al empleo de los días está de tal modo estricta é invariablemente fijado con antelación, que después

de haber recorrido la distancia de mil quinientas leguas, Alejandro entró en San Petersburgo el día prefijado y casi á la hora anunciada.

El emperador emprende estos largos viajes, no sólo sin guardias, mas también sin escolta, casi solo, y, como es de suponer, no pasa ni uno sin que durante su trayecto ocurran encuentros singulares ó se presenten peligros imprevistos, á los cuales el emperador hace cara con la sencillez de Enrique IV ó el valor de Carlos XII. En un viaje á Finlandia con el príncipe Pedro Volkuski, su compañero único, y en el instante en que éste acababa de dormirse, el coche imperial, que subía una montaña empinada y arenosa, empezó á cejar por no poder ya con tanto peso el tiro. Alejandro salta en tierra sin despertar á su compañero, y con el cochero y los criados se agarra á las ruedas para ayudar á los caballos, mientras el dormidor, inquietado en medio de su sueño por aquel repentino cambio de movimiento, abre los ojos, y, al encontrarse solo en el interior del coche, mira asombrado en torno de sí y ve al zar limpiándose el sudor: acababan de llegar á la cúspide de la montaña.

Otra vez, durante un viaje á la Pequeña Rusia, Alejandro, al llegar á una aldea, y mientras cambiaban el tiro, tuvo el capricho de reposar de las fatigas del coche haciendo una ó dos verstas á pie; incitó pues á los postillones á que no se apresurasen demasiadamente, á fin de darle tiempo de adelantarse un poco. Hecha esta recomendación, Alejandro, solo, abrigado en un capote militar, sin distintivo alguno, echa á andar, atraviesa la aldea, llega al extremo opuesto donde el camino se divide en dos igualmente trillados, é ignorando cuál de los dos es el que le conviene tomar, se acerca á un hombre que, como él, viste capote, y fuma su pipa al umbral de la casa postrera.

—Amigo mío, ¿cuál de estos dos caminos he de tomar para ir á \*\*\*? pregunta el emperador al de la pipa.

El interpelado mira de los pies á la cabeza al interrogador, y, admirado de que un simple viajero se atreva á hablar con tanta familiaridad á un hombre de su importancia, sobre todo en Rusia donde la distinción de los grados establece una distancia tan grande entre los superiores y los subordinados, deja caer con desdén y entre dos bocanadas de humo estas palabras: —El de la derecha.—Permitame V. otra pregunta, dice el emperador llevando la mano á su sombrero.—¿Cuál?—¿Qué grado tiene V. en el ejército?—Adivínelo V.—¿Teniente?—Suba V.—¿Capitán?—Vaya V. subiendo.—¿Mayor?—Más, más.—¿Jefe de batallón?—¡Al fin!

El emperador hizo una medida con la cabeza.

—Y ahora, dice el de la pipa, persuadido de que se dirigía á un inferior, ¿me hace V. el favor de decirme quién es V.?—Adivínelo, responde el emperador.—¿Teniente?—Suba V.—¿Capitán?—Vaya V. subiendo.—¿Mayor?—Más, más.—¿Jefe de batallón?—Más alto.—¿Coronel? exclama el interrogador quitándose su pipa de la boca.—Todavía no lo ha adivinado V.—¿Luego vucencia es teniente general? dice el de la pipa cuadrándose.—Se quema V.—¿En este caso vuestra alteza es feld mariscal?—Un poquito más, señor jefe de batallón.—¡Su majestad imperial! exclama el interrogador en el colmo de la estupefacción y dejando caer su pipa que se rompe en mil pedazos.—Lo ha adivinado V.—¡Ah! señor, profiere el oficial cayendo de rodillas, perdóneme vuestra majestad.—¡Perdonar á V.! ¿y de qué? responde el emperador. He preguntado á V. qué camino me convenia seguir, y V. me lo ha indicado. Gracias.

Dichas estas palabras, el emperador saluda con la mano al estupefacto jefe de batallón, y toma el camino de la derecha, en el cual su coche no tarda en reunirsele.

Durante otro viaje, emprendido con objeto de visitar sus provincias del norte, y al atravesar un lago del

gobierno de Arcángel, el emperador, al verse envuelto en una gran tempestad, dijo al piloto: «Amigo mío, hace poco más ó menos diez y ocho siglos que en una circunstancia parecida un general romano decia á su piloto: «Nada tienes que temer, pues llevas á César y á su destino.» Yo, menos confiado que César, te digo sencillamente: Amigo mío, olvida que soy el emperador, no veas en mí sino un hombre como tú, y procura salvarnos á los dos.» El piloto, que empezaba á turbarse ante la responsabilidad que sobre él pesaba, se reanimó, y la barca, dirigida con segura mano, llegó felizmente á la orilla.

No siempre el emperador había sido tan afortunado, y en peligros menos graves le sucedieron más de una vez accidentes de monta. Durante su último viaje á las provincias del Don, fué lanzado de su droschki y se infirió una herida en una pierna. Esclavo de la disciplina que á sí mismo se prescribiera, se empeñó en continuar su viaje á fin de llegar el día prefijado; pero la fatiga y la falta de precaución enconaron la herida; desde entonces y con suma frecuencia se le declaran erisipelas en la pierna lastimada, constriñendo al emperador á guardar cama semanas y más semanas y á cojear por espacio de un mes y otro mes. En tales circunstancias es cuando redobla la melancolía de Alejandro, pues entonces, cara á cara con la emperatriz, encuentra en el triste y pálido rostro de ésta, del que parece haber desaparecido la sonrisa, un reproche viviente, ya que él es el causante de aquella palidez y aquella tristeza. Ahora bien, al sufrir el emperador el último ataque de erisipela, durante el invierno de 1824, cuando el casamiento del gran duque Miguel, y en el momento en que aquél supo por boca de Constantino la existencia de aquella conspiración eterna, pero invisible, aunque sin verla se la adivinaba, la recrudescencia del mal inspiró viva inquietud. Alejandro residía entonces en Zarco Selo, su estancia predilecta, para él más y más cara á proporción que se abismaba

más hondamente en su invencible melancolía. Después de haberse paseado solo y á pie, como solía, el emperador se metió de nuevo en el palacio, sobrecogido de frío, y se hizo servir la comida en su dormitorio. Aquella misma tarde se declaró una erisipela más violenta que las precedentes, acompañada de calentura, delirio y congestión cerebral, en vista de lo que, por la noche y en un trineo cerrado, trasladaron al paciente á San Petersburgo, donde los médicos, reunidos en consulta, decidieron amputarle la pierna para evitar la gangrena; sólo el doctor Willye, cirujano particular del emperador, se opuso á tal decisión, respondiendo con su cabeza del ilustre enfermo. En efecto, gracias á los cuidados de Willye, el emperador recobró la salud, pero su melancolía fué en aumento; por manera que, como he dicho, las últimas fiestas del carnaval habían sido, de rechazo, lo más tristes.

Apenas curado, el monarca tornó á su querido palacio de Zarco Selo, y volvió en él á su vida acostumbrada. Allí lo encontró solo la primavera, sin corte, sin gran mariscal, y no recibiendo más que en días señalados de la semana á sus ministros; allí, más que la de un grande emperador que labra la felicidad de su pueblo, llevaba Alejandro la vida de un anacoreta que llora sus culpas. En efecto, el emperador se levantaba á las seis de la mañana en invierno y á las cinco en verano, hacía su tocado, entraba en su gabinete, donde no podía sufrir el desorden, y en el que hallaba sobre su bufete un pañuelo de batista doblado y un paquete de diez plumas recién cortadas. Entonces el monarca se entregaba al trabajo, no sirviéndose nunca, al siguiente día, de la pluma de la víspera, aunque sólo la hubiese empleado en trazar su nombre; luego, despachado el correo y terminada la firma, se bajaba al parque, donde, á pesar de los rumores que respecto de la conspiración circulaban hacía dos años, se paseaba siempre solo y sin más guardia que las centinelas del palacio Alejandro. A las cinco se re-

cogia, comía solo y se acostaba á la retreta,—tocada debajo de sus ventanas por la música de los guardias,—y cuyos trozos, siempre escogidos entre los más melancólicos, lo adormecían por fin en una disposición de ánimo parecida á la en que pasara el día.

Por su parte, la emperatriz Isabel vivía en profunda soledad, velando, cual ángel invisible, por el emperador, sin que los años hubiesen entibiado el intenso amor que el zarewich la inspirara al verlo por vez primera, amor puro y eterno pese á las infinitas infidelidades de su marido. Cuando la vió, la emperatriz Isabel era mujer de cuarenta y cinco años, todavía esbelta, y en su rostro conservaba los restos de una grande hermosura que empezaba á ceder á treinta años de lucha con el dolor. Casta como una santa, nunca pudo clavar en ella el diente la calumnia más amarga é irritada, y tan es así, que á su presencia todos se inclinaban, menos ante el poder superior que ante la bondad suprema, menos ante la mujer que reina en la tierra que al aspecto del ángel desterrado del cielo.

Al llegar el verano, los médicos decidieron por unanimidad que para el cabal restablecimiento del emperador era necesario que éste emprendiese un viaje á Crimea, como punto cuyo clima era el más favorable á su convalecencia. Contra su costumbre, Alejandro nada había resuelto respecto á sus viajes para aquel año, y recibió la prescripción de los médicos con la más absoluta indiferencia. En cuanto á la emperatriz, apenas tuvo noticia de que los médicos habían decidido aquel viaje, solicitó y obtuvo el permiso de acompañar á su esposo. La partida trajo consigo un acrecentamiento de trabajo para el emperador, pues antes de que el viaje se realizase, todos se apresuraron á terminar sus asuntos con él, como si nunca jamás tuviesen que volver á verlo. Alejandro se vió pues obligado, por espacio de quince días, á levantarse más temprano y á acostarse más tarde. Sin embargo su

salud parecía no haberse alterado cuando, un día del mes de junio y después de un oficio cantado para la bendición de su viaje, y al cual asistió toda la familia imperial, salió de San Petersburgo acompañado de la emperatriz, conducido por su cochero el fiel Iván, y seguido de algunos oficiales de órdenes á las del general Diebitch.

## XIV

Alejandro llegó á Taganrog á fines de agosto de 1825, después de haber pasado por Varsovia, donde se detuvo algunos días para celebrar el natalicio del gran duque Constantino. Aquella era la segunda vez que el emperador visitaba la antigua capital polaca, cuya situación le placía grandemente, y á la cual, según decía con frecuencia, tenía intención de retirarse.

El viaje había probado por manera extraordinaria al monarca y á su esposa, y se auguraban maravillas de su estancia bajo el hermoso cielo al cual habían ido á pedir su restablecimiento.

La predilección del emperador por Taganrog sólo estaba justificada por las futuras mejoras de que él pensaba hacerla objeto; porque tal cual era á la sazón aquella pequeña ciudad, situada á orillas del mar de Azof, apenas se componía de un millar de malas casas, de las que á lo sumo la sexta parte eran de ladrillo ó sillería; las demás eran jaulas de madera cubiertas de una argamasa de barro. Las calles son anchas, eso sí, pero no están adoquinadas, y su suelo es tan friable, que en cayendo cuatro gotas ya uno se hunde en él hasta las rodillas; en cambio, una vez el sol y el viento han secado el barro, el ganado y los caballos que pasan cargados con los productos de la tierra, levantan nubes de polvo que la brisa arremolina

en oleadas tan densas, que á la mitad del día y á cuatro pasos de distancia no hay quien distinga un hombre á caballo. Aquel polvo se introduce en todas partes, entra en las casas, atraviesa las celosías y los postigos cerrados, penetra al través de las más tupidas ropas, y carga el agua de un como sedimento que sólo puede precipitarse haciéndola hervir con tártaro.

El emperador se alojó en la casa del gobernador, frontera de la ciudadela de Azof, pero puede decirse que estaba ausente todo el día, ya que salía por la mañana y no regresaba hasta la hora de comer, para salir nueva é inmediatamente después. El resto del tiempo lo pasaba Alejandro andando á pie por el barro ó el polvo, haciendo caso omiso de las precauciones que los habitantes del país toman contra las calenturas de otoño, que por cierto habían sido por demás numerosas y malignas aquel año. La principal ocupación del soberano consistía en el trazado y plantación de un gran jardín público del que dirigía los trabajos un inglés que aquél hiciera venir de San Petersburgo.

Por la noche, Alejandro dormía en una cama de campaña, con la cabeza en una almohada de cuero.

No faltaba quien decía que las ocupaciones del emperador, en cierto modo externas, ocultaban un plan; que si aquél se había retirado al extremo de su imperio, era para tomar á solas alguna gran determinación. Los que tal decían, esperaban por momentos ver salir de la pequeña ciudad del Lago Meotis un plan de constitución para la Rusia entera; á darles crédito, esta era la verdadera causa de aquel pretensó viaje sanitario; el emperador había querido obrar lejos del influjo de su antigua nobleza, aun en la actualidad tan apegada á sus preocupaciones como lo estaba en tiempo de Pedro el grande.

Taganrog no era, sin embargo, el punto principal de la residencia de Alejandro; únicamente la emperatriz residía fijamente en la ciudad, pues no pudo soportar

las excursiones que su marido hacía ora al país del Don, ya á Tcherkask, ó bien á Donetz. De regreso de una de tales excursiones, disponíase el emperador á partir para Astracán, cuando la súbita llegada del conde de Woronzof, generalísimo que fué de las tropas que ocuparon á Francia hasta 1818, y que era gobernador de Odesa, dió en tierra con el nuevo proyecto. Efectivamente, Woronzof se presentó á su soberano para anunciarle que en Crimea estaban á punto de manifestarse grandes disgustos, y que sólo su presencia podía apaciguarlos. Había que recorrer trescientas leguas; pero ¿qué significan trescientas leguas en Rusia, donde los caballos de desmelenadas crines lo llevan á uno al través de las estepas y de los bosques con la velocidad de un sueño? Alejandro prometió á la emperatriz estar de regreso antes de tres semanas, y dió las oportunas órdenes para la partida, que tenía que efectuarse inmediatamente después de haber regresado un correo á quien él enviara á Alupka.

Tornó el correo trayendo nuevos pormenores respecto de la conspiración, la cual no sólo trataba de derribar al gobierno, pero también de quitar la vida al emperador. Alejandro, al saber la nueva, dejó caer la cabeza entre las manos y lanzó un profundo suspiro, exclamando: «¡Oh padre! ¡padre mío!» y no obstante ser media noche, ordenó que despertaran al general Diebitch, que habitaba en una casa cercana.

Mientras aguardaba la llegada del general, el emperador, al parecer muy inquieto, iba de uno á otro lado del dormitorio, y de tiempo en tiempo se arrojaba sobre su cama, de la que su agitación no tardaba en repelerlo.

Llegado que hubo Diebitch, éste y el monarca pasaron dos horas escribiendo y discutiendo; luego partieron dos correos con sendos partes, uno para el virrey de Polonia, y para el gran duque Nicolás el otro.

Al día siguiente, las facciones del emperador habían

recobrado su calma habitual; nadie era capaz de descubrir en ellas la huella de la agitación de la noche. Con todo eso Woronzoff, al presentarse á él para pedirle instrucciones, lo encontró en un estado de irritabilidad que desdecía grandemente de la dulcedumbre consuetudinaria de su carácter; lo cual, empero, no fué óbice para que diese la orden de disponerlo todo para partir á la mañana siguiente.

El camino sólo contribuyó á aumentar el malestar moral de Alejandro que, contra su costumbre, á cada instante se quejaba de la calma de los caballos y del mal estado de las carreteras. Este mal humor redoblaba sobre todo cuando su médico Wyllie le recomendaba que se precaviese contra los helados vientos de otoño. Entonces Alejandro se quitaba la capa y la pelliza, y parecía buscar el peligro al que sus amigos le suplicaban se sustrajera. Tanta imprudencia dió su fruto: una tarde asaltó al soberano una tos obstinada, y al día siguiente, al llegar á Orielloff, se le declaró una fiebre intermitente que en pocos días y ayudada de la obstinación del enfermo degeneró en calentura remitente que Wyllie no tardó en conocer era la misma que durante todo el otoño reinara desde Taganrog hasta Sebastopol. El viaje fué inmediatamente interrumpido. Alejandro, como si hubiese presentido la gravedad de su dolencia, antes de morir quiso ver á su esposa, y exigió que sin dilación tomasen la vuelta de Taganrog. Contrariamente á los consejos y súplicas de Wyllie, el monarca hizo parte del camino á caballo; pero siéndole imposible sostenerse en la silla, no tuvo más remedio que subirse al coche. Así llegó el 3 de noviembre á Taganrog, donde se desmayó al entrar en palacio. La emperatriz, casi moribunda también á causa de una dolencia de corazón, olvidó sus padecimientos para sólo ocuparse en su marido, que no obstante el cambio de lugar sufría diariamente los ataques de la fatal calentura, por manera que habiendo los síntomas aumentado incesantemente de

gravidad, el día 8 sir Jacobo Wyllie pidió consulta con Stophiegen, médico de la emperatriz. El 13, ambos médicos, reunidos para combatir la afección cerebral que amenazaba complicar la enfermedad, propusieron al emperador el sangrarlo; pero el monarca se opuso á ello pertinazmente, no pidiendo sino agua helada, y si se la negaban, negábase él también á tomar otra cosa. A las cuatro de la tarde del mencionado día 13, Alejandro pidió recado de escribir, y escrito y cerrado que hubo una carta, y al ver que continuaba ardiendo la bujía que le sirviera para lacrar el sobre de aquélla, dijo á un criado: «Amigo mío, apaga esa bujía; podrían tomarla por un cirio y darse á entender que ya estoy muerto.» Al día siguiente, 14, Wyllie y Stophiegen insistieron, secundados por los ruegos de la emperatriz, pero todo fué inútil también, y aun el emperador los apartó de sí con aspereza suma. Con todo eso casi al punto se arrepintió de su arrebato de impaciencia, y, llamándolos á entrambos, les dijo: «Hame placido en el alma ver á ustedes, pero me veré obligado á renunciar á este placer si persisten en sus propósitos respecto de mí.» Ello no obstanté, á medió día el emperador consintió en tomar una dosis de calomel. A las cuatro de la tarde el mal había hecho tan espantosos progresos, que se hizo urgente el llamar á un sacerdote. Wyllie fué quien, á instigación de la emperatriz, entró en el dormitorio del moribundo, y, acercándose á éste, le aconsejó con lágrimas en los ojos, que pues se obstinaba en rechazar los auxilios de la medicina, á lo menos no se negase á recibir los de la religión. El emperador respondió que acerca del particular consentía en cuanto quisiesen. El 15, á las cinco de la mañana, el confesor fué introducido en el dormitorio del augusto doliente, que apenas hubo visto al recién llegado le tendió la mano, diciéndole: «Padre mío, trátame V. como hombre, no como emperador.» El sacerdote se acercó entonces al lecho, recibió la confesión im-

perial, dió los sacramentos al enfermo, y, sabedor de la obstinación con que éste se negara á tomar las medicinas, atacó sobre este punto la religión del moribundo, diciéndole que de continuar en su porfía era de temer que Dios mirase su muerte como un suicidio. Esta idea produjo en Alejandro una impresión tan honda, que llamó inmediatamente á Wyllie y le dijo que se ponía en sus manos para que hiciese de él según su voluntad. Sin demora ordenó Wyllie que aplicasen veinte sanguijuelas en la cabeza del emperador, pero era ya demasiado tarde. El enfermo estaba devorado por una calentura abrasadora, de modo que desde aquel momento empezaron todos á perder la esperanza, y el dormitorio se llenó de servidores llorosos y gemebundos. La emperatriz no se apartó de la cabecera del doliente más que para ceder su sitio al confesor y volver á ocuparlo cuando éste se hubo salido. A las dos se enconaron los dolores de Alejandro, que hizo seña de que se acercasen á él, cual si quisiese comunicar un secreto; pero mudando, al parecer, de consejo, exclamó: «Los reyes padecen más que los otros.» Luego, interrumpiéndose prontamente, se echó atrás sobre su travesaño, y susurró: «Cometieron una acción infame.» ¿A quién se refería? Nadie lo sabe; pero hubo quien creyó que tales palabras eran un postrer reproche dirigido á los matadores de Pablo.

Durante la noche el emperador perdió el conocimiento.

A eso de las dos de la madrugada, el general Diebitch habló de un anciano apellidado Alexandrowich, que, según fama, había salvado á muchos tártaros de la calentura á la cual sucumbía el emperador. Wyllie pidió que al punto saliesen en busca de aquel hombre, y la emperatriz, asiéndose á aquella última esperanza, ratificó la orden. Interin, la emperatriz estaba arrodillada al pie del lecho del moribundo, con los ojos puestos en él, y mirando con terror como de



aquel cuerpo iba escapándose poco á poco la vida. En verdad, si las oraciones santas y sinceras bastan para mover á Dios, Dios estaba movido y el emperador salvado. A las nueve de la mañana entró en palacio el anciano, que consintió en presentarse allí casi á la fuerza, y que al ver al moribundo movió á uno y otro lado la cabeza. «¿Qué quiere V. decir?» le preguntó Wyllie al ver aquel signo nefasto. «Que es demasiado tarde, respondió el anciano; además, los que yo he curado no padecían la misma enfermedad.» Esta declaración dió en tierra con la postrera esperanza de Isabel. En efecto, á las dos y media de la madrugada el emperador rindió su espíritu. Era el primero de diciembre, según el calendario ruso. La emperatriz estaba tan inclinada hacia su esposo, que sintió pasar su último suspiro, suspiro que le arrancó una gran voz y la hizo caer de rodillas, en cuya actitud oró largo rato; luego se levantó más sosegada, cerró los ojos del emperador, le ciñó la cabeza con un pañuelo para impedir que se abriesen las mandíbulas, besó sus ya heladas manos, y, arrodillándose nuevamente, continuó orando hasta que los médicos obtuvieron de ella que se retirase á otro aposento, á fin de que pudiesen proceder á la apertura del cadáver. La autopsia hizo descubrir dos onzas de flúido en las cavidades del cerebro y un infarto de las venas y de las arterias de la cabeza. Item más, también hallaron un reblandecimiento del bazo, especie de alteración particular á este órgano cuando la muerte del individuo ha sido provocada por las calenturas endémicas. El emperador podía pues haberse salvado, á no haberse obstinado en repeler todo auxilio. Al día siguiente el cuerpo fué expuesto en un estrado dispuesto en la misma casa en que había muerto. El dormitorio, iluminado por gran número de cirios, estaba colgado de negro, y el ataúd cubierto con un paño bordado de oro. Los que entraban recibían una hacha encendida, y la conservaban mientras permanecían en la cámara mortuoria.

Un sacerdote, colocado á la cabeza del féretro, rezaba preces; dos centinelas, con la espada desenvainada, velaban día y noche, mientras otras dos guardaban las puertas, y otras más estaban escalonadas de dos en dos en cada grada de la escalera. El cuerpo estuvo expuesto veintidós días, durante los cuales fué visitado por infinitas gentes que acudían allí como á un espectáculo, y guardado por la emperatriz, que quiso oír todas las misas que se rezaban día por otro, y que en todas ellas cayó desmayada. Por fin el 25 de diciembre, á las nueve de la mañana, el cadáver fué trasladado al monasterio griego de San Alejandro, en el que tenía que continuar expuesto hasta su partida para San Petersburgo, adonde fué conducido en un coche fúnebre arrastrado por cuatro pares de caballos cubiertos de barredoras gualdrapas negras, abrigado bajo un dosel de oro, y en un féretro forrado de brocado de plata y adornado de escudos con las armas del imperio. La corona imperial estaba colocada bajo el dosel, del que sostenían los cordones cuatro mayores generales asistidos de ocho mayores. Inmediatamente después seguía la servidumbre del emperador y de la emperatriz, con luengos mantos de luto y llevando en la mano encendidas hachas, y cada minuto la artillería ligera de los cosacos del Don, puesta en batería en la explanada de la ciudadela, disparaba un cañonazo.

Ya en la iglesia, el cadáver fué trasladado á un estrado de doce gradas, entapizado de paño negro, que servía de base á un catafalco de paño rojo, que á su vez sostenía un zócalo cubierto de terciopelo punzó con escudos de armas bordados de oro. El dosel, sostenido por cuatro columnas, remataba en la diadema imperial, el cetro y el globo; el catafalco estaba rodeado de colgaduras de terciopelo punzó y de brocado de oro, y en las cuatro esquinas del estrado había sendos y grandes candelabros con suficientes cirios para luchar con la oscuridad del templo, oscuridad

causada por las colgaduras de paño negro rociadas de blancas cruces con que estaban cubiertas las ventanas inferiores de aquél.

La emperatriz se empeñó en asistir á este postrer tributo; pero tampoco pudo ahora soportar su emoción. Trasladada sin sentidos á palacio, apenas se hubo recobrado bajó á la capilla, donde se rezaron las mismas preces que en la iglesia de San Alejandro.

Tan pronto se hubieron revelado los primeros síntomas de la enfermedad, esto es el 18 del mes, el mismo día que regresó el emperador á Taganrog, expidióse un correo á su alteza imperial el gran duque Nicolás para notificarle la indisposición del emperador. A aquel correo siguieron otros que con el mismo fin partieron respectivamente el 21, 24, 27 y 28 de noviembre con cartas que anunciaban un peligro cada vez mayor y que llenaron de consternación á la familia imperial, hasta que una carta del 29, nuncio de que el emperador, tras un desmayo de más de ocho horas, acababa de recobrase y había conocido á todos y dicho que se sentía algo mejor, hizo renacer un poco la esperanza; la cual, por vaga que fuese, determinó á la emperatriz madre y á los grandes duques Nicolás y Miguel á ordenar, el 10 de diciembre, que se cantase un *Te Deum* público en la grande iglesia metropolitana de Kasán. El pueblo, no bien supo que la religiosa solemnidad se celebraba en acción de gracias por la mejora de salud del emperador, se encaminó gozoso al templo y llenó todo el espacio que dejaron libre los augustos asistentes y sus séquitos. Al final del *Te Deum* y cuando las puras voces de los cantores subían al cielo en santa y suave armonía, un ayudante de campo se acercó al gran duque Nicolás y le dijo en voz baja: «Señor, en la sacristía aguarda un correo que acaba de llegar de Taganrog y dice que sólo á vuestra alteza quiere entregar la carta de que es portador.» Levantóse el gran duque, y, seguido del ayudante de campo, se salió de la iglesia, sin que

nadie más que la emperatriz notara su salida y sin que para nada se interrumpiera el oficio divino.

Al gran duque le bastó una mirada para adivinar la fatal nueva de que era portador el correo, esto sin contar que el sello de la carta era negro. El príncipe tomó la carta, y después de mirar el sobrescrito y conocer que era de puño y letra de Isabel, abrióla y vió que sólo contenía las siguientes contadas líneas:

«Nuestro ángel está en el cielo, y yo todavía vegeto en la tierra; pero aliento la esperanza de que no tardaré en reunirme á él.»

El gran duque hizo llamar al metropolitano, hermoso anciano de luenga y plateada barba y larga cabellera que le caía hasta la mitad de la espalda, y, entregándole la carta, le encargó que comunicase la triste nueva á la emperatriz madre; luego tornó á la iglesia, ocupó de nuevo su sitio, y anudó sus oraciones.

Poco después el anciano entró otra vez en el coro, y á una señal suya cesaron los cánticos, á los que siguió sepulcral silencio. Entonces y en medio de la atención y del asombro de todos, el metropolitano se encaminó lenta y gravemente al altar, cogió el crucifijo de plata maciza que en él había, y cubriendo con un luctuoso velo el símbolo de todos los dolores terrenales y de toda esperanza divina, se acercó á la emperatriz madre y le dió á besar el enlutado crucifijo.

La emperatriz comprendió que su hijo mayor había muerto, y, lanzando una gran voz, cayó de bruces.

En cuanto á la emperatriz Isabel, no tardó en verse realizada la triste esperanza manifestada en su concisa y lastimera carta. Unos cuatro meses después de haber muerto Alejandro, esto es al llegar la primavera, salió de Taganrog para el gobierno de Kaluga, donde acababan de comprar para ella una magnífica hacienda; pero al llegar á un tercio del camino se sintió

desfallecer, y se detuvo en Beloff, pequeña ciudad del gobierno de Kursk, en la que ocho días después se reunió á su ángel en el cielo.

## XV

Yo supe esta noticia y la manera cómo había sido comunicada á la emperatriz, por el conde Alejo, que como teniente de los caballeros guardias asistió al *Te Deum*. Ora semejante noticia hubiese impresionado al conde, ora se relacionase con otras ideas además de las que parecían tener que ser la consecuencia de ella, es lo cierto que á Luisa y á mí nos pareció notar en Waninkoff una turbación insólita en él, turbación que se traslucía pese al dominio que sobre sus impresiones suelen ejercer los rusos.

Luisa y yo nos comunicamos nuestras reflexiones al marcharse Alejo, que se separó de nosotros á las seis de la tarde para encaminarse á casa del príncipe de Trubetskoi, y á decir verdad, eran muy tristes para mi paisana, pues como por la mano nos llevaban á pensar en la conspiración sobre la cual Waninkoff había dejado escapar algunas palabras al principio de sus relaciones con Luisa. Cierto es que, desde entonces, cada vez que Luisa intentara encarrilar la conversación sobre este asunto, el conde se había esforzado en tranquilizarla afirmándole que tal conspiración se había roto apenas iniciada; pero por ciertas señales que nunca pasan inadvertidas á los ojos de una mujer, mi paisana coligió que el conde procuraba engañarla respecto de este punto.

Al día siguiente San Petersburgo se despertó en medio del luto; y se comprende, el emperador Alejandro era adorado, y como todavía no era conocida la renuncia de Constantino, sin poderlo remediar to-

dos establecían comparaciones entre la suave y expansiva bondad del uno y la caprichosa rudeza del otro.

En cuanto al gran duque Nicolás, nadie se acordaba de él. En efecto, aunque este último conocía el acta de abdicación que Constantino firmara al casarse, lejos de prevalerse de tal renuncia, de que su hermano pudo haberse arrepentido después, mirándolo como á su emperador le había prestado ya juramento de fidelidad y enviándole un correo incitándolo á venir á la capital para tomar posesión de su trono. Pero á la par que el mensajero partía de San Petersburgo para Varsovia, el gran duque Miguel, enviado por el zarewich, salía de Varsovia para San Petersburgo, portador de la siguiente carta:

«Mi queridísimo hermano: anoche supe con la más profunda tristeza la muerte de nuestro adorado soberano y bienhechor mío el emperador Alejandro. Apre-súrome pues á manifestaros el dolor en que me ha abismado tan cruel desventura, y á la par os notifico que por este correo dirijo á S. M. imperial, nuestra augusta madre, una carta en la cual declaro que en virtud del rescripto que obtuve del difunto emperador el 2 de febrero de 1822, sancionativo de mi renuncia á la corona, persisto en mi inquebrantable resolución de cederos todos mis derechos de sucesión al trono de los emperadores de todas las Rusias. Al mismo tiempo suplico á nuestra muy amada madre y á cuantos pueda esto interesar, que den á conocer mi voluntad invariable respecto de este punto, para que se cumpla en todas sus partes.

»Después de esta declaración, es para mí un deber sagrado rogar muy humildemente á vuestra majestad imperial que reciba antes que otro alguno mi juramento de fidelidad y sumisión, y me autorice para declararle que no tengo puesta la mira en más dignidades y títulos que los que disfruto, y que sólo deseo

conservar el de zarewich, con el que mi augusto padre se dignó honrarme en recompensa de mis servicios. Toda mi dicha la cifraré en lo sucesivo en que vuestra majestad imperial vea en mí su más respetuoso y abnegado servidor, en pro de lo cual hablan más de treinta años de un servicio fiel y el constante celo que he desplegado en el de los emperadores mi padre y mi hermano, celo que continuaré desplegando hasta mi último aliento en el servicio de vuestra majestad imperial y de sus sucesores, en mi cargo presente y en mi situación actual.

»A los I. P. de V. M.,—CONSTANTINO.»

Los dos mensajeros se cruzaron. El enviado al zarewich Constantino tenía encargo del gran duque Nicolás de apurar todos los ruegos y súplicas para obtener de él que consintiese en tomar nuevamente la corona. En consecuencia el mensajero rogó y suplicó al zarewich; pero éste resistió con firmeza, diciendo que sus deseos no habían variado desde que abdicara sus derechos, y que por nada del mundo consentiría en reincorporarse de ellos. Entonces se arrojó á los pies de Constantino la princesa Lowicz, su mujer, diciéndole que habiendo él renunciado al trono de los zares para casar con ella, estaba dispuesta á reconocer la nulidad de su matrimonio, y que para ella sería una dicha corresponder á lo que él por ella hiciera; pero Constantino la levantó, le vedó que insistiese sobre este extremo, y le declaró que su resolución era inquebrantable.

Por su parte, el gran duque Miguel llegó á San Petersburgo con la carta del zarewich y la presentó sin dilación al gran duque Nicolás, que se negó á admitirla como una renuncia definitiva, diciendo que confiaba en la feliz resolución de las instancias de su legado. Pero éste llegó á la vez, portador de una renuncia formal, de modo que el gran duque Nicolás no tuvo más remedio que aceptar lo que su hermano re-

nunciaba, á fin de evitar las peligrosas consecuencias de aquel singular estado de cosas provisional.

Al día siguiente de la partida del correo enviado al zarewich por el gran duque Nicolás, el consejo de Estado pasó aviso á éste de que era depositario de un escrito autorizado con el sello del emperador Alejandro y confiado á su custodia el 15 de octubre de 1823, y, además, de una carta autógrafa de S. M., en la que le recomendaba que conservase el pliego hasta nueva orden, ó, en caso de muerte, lo abriese en sesión extraordinaria. En virtud de tal orden, el consejo de Estado acababa de abrir el sobre, que contenía la renuncia del gran duque Constantino, concebida en los siguientes términos:

*«Carta de S. A. I. el zarewich gran duque Constantino al emperador Alejandro.*

»Señor: alentado por las nunca interrumpidas pruebas de benevolencia de vuestra majestad imperial para conmigo, me atrevo á reclamarla una vez más para poner á sus pies mi humilde súplica. No considerándome con el talento, la capacidad ni las fuerzas necesarias para desempeñar la altísima dignidad á que estoy llamado por mi cuna, si es que llegase á verme revestido de tal dignidad, suplico con el mayor encarecimiento á V. M. I. transfiera el derecho en quien me sigue inmediatamente, á fin de asegurar para siempre jamás la estabilidad del imperio. En lo que me atañe, con esta renuncia robustezco la que espontánea y solemnemente consentí cuando mi divorcio con mi primera esposa, cuanto más que todas las circunstancias presentes me determinan más y más á tomar una resolución que probará al imperio y al mundo entero la sinceridad de mi conducta.

»¡Ojalá V. M. I. acoja bondadosamente mis votos, y determine á nuestra augusta madre á acogerlos también y á santificarlos con su imperial consentimiento! En el círculo de la vida privada, me esforzaré incesan-

temente en servir de norma á los fieles súbditos de V. M. I. y á cuantos aman á nuestra querida patria.

»Señor, á los I. P. de V. M.—CONSTANTINO.

»San Petersburgo, á 14 de enero de 1822.»

A la trascrita carta, Alejandro había contestado con estotra:

«Mi muy amado hermano: acabo de leer vuestra carta con toda la atención que merece, y sé deciros que en ella no he encontrado qué pudiese sorprenderme, por serme conocidas de toda la vida las relevantes prendas de vuestra alma. Lo que me decís es una nueva prueba de vuestra adhesión al Estado y de vuestras previsoras miras para la conservación de su tranquilidad.

»Defiriendo á vuestros deseos, he dado á conocer vuestra carta á nuestra muy amada madre, la cual, después de haberla leído y animada de los mismos sentimientos que á mí me animan, comprende con gratitud las nobles causas que os han guiado, y atendidas las cuales no nos queda á ambos sino dejaros libre de seguir vuestras inalterables resoluciones, y suplicar al Todopoderoso que haga producir á tan puros sentimientos los resultados más satisfactorios.

»Vuestro afectuosísimo hermano,—ALEJANDRO.»

Ahora bien, la segunda renuncia de Constantino, ratificada poco más ó menos en los mismos términos á tres años de intervalo, hacía urgente una decisión por parte del gran duque Nicolás; así pues, éste, el 25 de diciembre y en virtud de las trascritas cartas, publicó un manifiesto declarativo de que aceptaba la corona que le correspondía por renuncia de su hermano mayor, y fijando para el siguiente, 26, la prestación del juramento que había de hacerse á él y á su primogénito el gran duque Alejandro.

Al conocer la comunicación oficial de su futuro soberano, San Petersburgo respiró por fin con más libertad; y es que el carácter del zarewich Constantino, semejante en muchos puntos al de Pablo I, inspiraba hondas inquietudes, y, al contrario, el del gran duque Nicolás ofrecía formales garantías.

En efecto, mientras Alejandro y Constantino, cada uno por su parte y según su carácter, se abandonaban respectivamente á los suaves goces del amor ó á los rudos trabajos de la estrategia, el joven gran duque, casto y austero, se había hecho hombre en medio de los profundos estudios de la historia y de la política. Siempre distraído y frío, solía Constantino caminar con la frente hacia la tierra, y si la levantaba para posar en un hombre su mirada brillante y sagaz, el objeto de ella, fuere quien fuese, conocía que estaba en presencia de su señor. No es de admirar pues que pocos respondiesen sin turbarse á las preguntas claras y concisas que con voz entrecortada y altiva el príncipe les dirigía; y mientras Alejandro, popular y cortés antes de haberlo relegado su tristeza á Zarko Selo, concurría las sociedades privadas, el gran duque Nicolás permanecía aislado con su familia, que á una servía de pretexto y excusa á su aislamiento. De ahí se siguió que el pueblo ruso, que conoce la necesidad de que lo guíen gradualmente y sin sacudidas fuera de los límites de la barbarie, había comprendido instintivamente que su nuevo soberano, que bajo una fría suavidad escondía una voluntad inflexible, era el hombre á quien hubiera él tenido que elegir á no haberle Dios elegido, y que para sostener el cetro que había de extenderse sobre una nación por caso estupendo á la vez bárbara y civilizada en demasía, era menester una mano de hierro en un guante de seda.

Agréguese á lo dicho, lo que no deja de influir en todos los pueblos, que el nuevo emperador era el hombre más hermoso de su imperio y el más valiente de sus soldados.

Los rusos miraban pues como de fiesta el venidero día, cuando á prima noche empezaron á cundir por la ciudad los rumores más extraños: decían que las renunciadas publicadas aquella mañana en nombre del zarewich eran apócrifas, y que el virrey de Polonia se encaminaba á San Petersburgo al frente de un ejército para reclamar sus derechos. Aun hay más: añábase que los oficiales de varios regimientos, uno de ellos el de Moscou, no se habían recatado de decir en alta voz que negarían el juramento de fidelidad á Nicolás, por ser el zarewich su único y legítimo soberano.

Estos rumores habían venido á llamarme la atención en algunas casas que visitara yo durante la velada, cuando al recogerme encontré en la mía una carta de Luisa en la cual ésta me rogaba que pasase á verla fuere la hora que fuese. Defiriendo á los deseos de mi paisana, me encaminé á su casa, y la hallé en el mayor desasosiego: como de costumbre, el conde Alejo la había visitado, pero por más que hizo no pudo ocultar su turbación; y aunque no declaró cosa alguna, á cuantas preguntas le dirigió Luisa respondió con el profundo afecto de los momentos supremos, tanto, que mi amiga, pese á estar hecha al amor y á la bondad de Waninkoff, vió confirmadas sus sospechas en la dolorosa ternura de que iba ahora acompañada la expresión de aquél: era indudable que para el día siguiente se preparaba algo inesperado, y que de ese algo, fuese lo que fuese, el conde era uno de los actores.

Luisa me rogó que me viese con Waninkoff, en la esperanza de que éste estaría más expansivo conmigo. «Si confía á V. algo referente á la conspiración, me dijo mi paisana, haga V. cuanto esté en su mano para disuadirlo.»

Huelga decir que buenamente me presté á cumplir tal mensaje; sobre que hacía algún tiempo que también yo sentía los mismos temores que Luisa, y había

sido casi tan perspicaz en mi gratitud como ella en su amor.

El conde no estaba en su casa; con todo eso, como los criados de Waninkoff solían verme con frecuencia en ella, al decirles que deseaba aguardarlo no opusieron reparo alguno en introducirme. Entré pues en el dormitorio de Alejo, y al notar que la cama estaba preparada para recibirlo, juzgué que mi amigo no pasaría la noche fuera de casa.

Fuése el criado, y al mirar en torno mío para ver si algo corroboraba mis dudas, divisé sobre la mesita de noche un par de pistolas de dos cañones, en las que introduje la baqueta para informarme de si estaban ó no cargadas, y como lo estaban, esta en otra ocasión indiferente circunstancia confirmó mis temores.

Resuelto á no marcharme hasta que el conde se hubiese recogido, sentéme en un sillón, y en esta actitud oí sonar la media noche, la una y las dos, hasta que sobreponiéndose mi fatiga á mis inquietudes, me dormí, y dormido continué hasta las cuatro, que abrí los ojos y ví ante mí al conde, sumamente pálido, sentado á una mesa y escribiendo junto á sus pistolas.

—Estaba V. durmiendo y no he querido despertarlo, me dijo Waninkoff volviéndose hacia mí al primer movimiento que hice; V. ha venido para comunicarme algo, y ese algo lo sospecho. Tome V. esta carta; si mañana por la noche no ha vuelto V. á verme, hágame el favor de entregarla á Luisa. Quería enviarla á V. mañana por la mañana por mi ayuda de cámara, pero prefiero entregársela en propia mano. —Luego nuestros temores no eran infundados, repuse; se prepara alguna conspiración, y V. es uno de los afiliados ¿no es verdad?—¡Silencio! exclamó el conde estrechándome con fuerza la mano y mirando á todas partes; en San Petersburgo una palabra imprudente mata.—¡Qué locura! proferí á media voz.—¿Y usted cree que no sé tan bien como V. que lo que hago es una insensatez? ¿imagina V. que aliento ni

la más mínima esperanza de salir boyante? No, voy derecho á un precipicio, y ni siquiera un milagro puede salvarme de caer en él; cuanto puedo hacer, es cerrar los ojos para no ver la profundidad del abismo. —Pero ¿por qué, ya que V. mide de tal suerte el peligro, se expone V. á él con tanta flema?—Porque para volverme atrás es ya demasiado tarde, porque dirían que me he acobardado, y finalmente porque he empeñado mi palabra y es forzoso que siga á mis amigos, aunque sea al patíbulo. —Pero ¿cómo se explica que V., de familia noble?... —¡Qué quiere V.! los hombres somos locos: en Francia los peluqueros pelean para llegar á grandes señores, y aquí vamos á pelearnos para convertirnos en peluqueros. —¡Cómo! ¿se trata de?... —De fundar una república, ni más ni menos, y de hacer pelar las barbas á nuestros siervos, hasta que éstos á la vez nos hagan descabezar; palabra que todo eso me inspira lástima. ¿Y en quién hemos puesto los ojos para llevar á cabo nuestra gran reforma política? ¡En un príncipe! —¡Un príncipe! exclamé. —Sí, señor, un príncipe; pero no se admire V., no son los príncipes los que escasean en Rusia, sino los hombres. —¿Luego tienen ustedes aparejada una constitución? —¡Una constitución! profirió el conde Alejo riéndose con amargura; ¡una constitución! ¡oh! sí, tenemos un código ruso redactado por Pestel, un curlandés, y que Trubetskoi ha hecho revisar en Londres y en París. También tenemos un catecismo escrito en lenguaje figurado, que contiene máximas por el estilo: «Fía sólo en tus amigos y en tus armas; aquéllos te ayudarán, y tu puñal te defenderá... Eres esclavo, y en tu suelo natal, á orillas de los mares que lo bañan, construirás cuatro puertos: el de Niort, el Blanco, el de Dalmacia y el Glacial, y, en el centro, sentarás en el trono á la diosa de las luces.» —¿Qué jerga es esa? repuse. —Usted no comprende pizca, ¿no es verdad? repuso el conde abandonándose más y más á la calenturienta zumba con que se complacía en des-

pedazar su propio corazón; es que V. no está iniciado; á bien que si V. lo estuviese tampoco vería más claro en este punto; pero en cambio citaré V. á Graco, Bruto y Catón, y diría V. que hay que derribar á la tiranía, inmolar á César, castigar á Nerón, y... —Palabra que no diría nada de eso; al contrario, me retiraría sin chistar, y nunca jamás volvería á sentar la planta en esas logías, ridícula parodia de nuestros fuldenses y de nuestros jacobinos. —Pero ¿y el juramento? arguyó Waninkoff, ¿imagina V. que lo hemos olvidado? ¿hay acaso conspiración sin él? Escuche V. el nuestro: «Si faltó á mi palabra seré castigado por mis remordimientos y por esta arma sobre la cual juro; húdase ésta en mi corazón y acabe con todos los seres que me son caros, y desde este instante sea mi vida una cadena de padecimientos inauditos.» Es tal cual melodramático, ¿no es cierto? y es probable, seguro que en la *Gaité* ó en el *Ambigu* lo silbarían; pero aquí, en San Petersburgo, estamos todavía atrasados, y fué estrepitosamente aplaudido cuando lo pronuncié. —Pero ¿cómo se explica que viendo V. con tanta claridad la faz ridícula de la empresa se haya metido V. en ella? —¿Cómo? ¡qué sé yo! El tedio me devoraba, y hubiera dado mi vida por un kopeck; como un necio me metí en la ratonera, y apenas en ella, recibí una carta de Luisa que me indujo á retirarme; entonces y sin alzarme la palabra, dijéronme que todo había concluido, que la sociedad estaba disuelta; pero nada de eso era verdad. Hace un año vinieron para decirme que la patria contaba conmigo: ¡pobre patria! ¡le hacen decir lo que quieren! Yo ardía en deseos de echarlo todo á rodar, pues ahora soy tan dichoso como antes desventurado; pero una vergüenza mal entendida me retuvo, por manera que heme V. dispuesto, como esta noche ha dicho Bestujeff, á apuñalar á los tiranos y á dar al viento su polvo. ¡Qué poético es eso! ¿no es verdad, amigo mío? pero ya lo es menos el que los tiranos nos

harán ahorcar, y nos lo tendremos muy merecido.—Usted no ha reflexionado, dije asiendo las manos al conde y mirándolo de hito en hito, que esa conspiración de que V. habla riendo va á causar la muerte á la pobre Luisa.—Luisa vivirá, repuso Waninkoff saltándosele las lágrimas.—¡Qué poco la conoce V.! —Al contrario, porque la conozco he dicho lo que he dicho. Luisa no tiene ya derecho á morir; vivirá para su hijo.—¡Pobre mujer! proferí, no la tuve hasta ahora por tan desventurada.—Escuche V., me dijo el conde, como ignoro qué pasará mañana, ó más bien hoy, tome V. esta carta para ella; espero que las cosas se presentarán mejor que V. y yo nos damos á entender, y que los rumores que han cundido se desvanecerán en un humo tan imperceptible, que ni siquiera se advertirá que había fuego. En este caso rasgue V. la carta, y será como si yo no la hubiese escrito. En el caso contrario, entréguesela V. Contiene una recomendación á mi madre para que la trate como á hija suya. Yo legaría á Luisa cuanto poseo, pero V. comprende que si me prenden y condenan, lo primero que harán será confiscar mis bienes, y por lo tanto mi donación sería inútil. En cuanto á mi dinero contante y sonante, la futura república me lo ha pedido prestado hasta el último rublo: así es que sobre el particular no he de preocuparme. ¿Me promete V. hacer lo que le pido?—Lo prometo.—Gracias, y ahora adiós; cuide V. de que no lo vean salir de mi casa á esta hora, pues podría comprometerlo.—En verdad, repuse, no sé si debo separarme de V.—Si debe V., mi buen amigo; piense V. cuánto importa, en caso de malandanza, que á Luisa le quede á lo menos un hermano; ya está V. comprometido en demasía por sus relaciones conmigo, Muravieff y Trubetskoi; sea V. pues prudente, si no para V., para mí; se lo ruego en nombre de Luisa.—Invocando este nombre haré cuanto á V. le plazca.—Pues adiós; estoy fatigado, y necesito algunas horas de reposo, pues presumo que

la jornada será dura.—Adiós pues, ya que V. lo exige.—Lo exijo.—Sobre todo sea V. prudente.—¡Bah! eso no me atañe; no voy, me llevan. Adiós. De molde, excuso decir á V. que una sola palabra imprudente causaría la perdición de todos nosotros.—¡Quiere V. callarse!—Ea, abracémonos, dijo el conde. Y luego que nos hubimos abrazado estrechamente, añadió: Adiós por última vez.

Salíme con la garganta anudada, y cerré tras de mí la puerta; pero aun no hube llegado al extremo del pasillo, cuando Waninkoff volvió á abrirla para decirme: «Recomiendo á V. á Luisa».

En efecto, aquella misma noche los conjurados se habían reunido en casa del príncipe de Obolinski y tomado todas las providencias, si tal nombre puede darse á algunas disposiciones descabelladas, para llevar á cabo una revolución sin pies ni cabeza. A dicha reunión habían asistido los principales jefes para dar á conocer á los simples individuos de la sociedad el plan general y comunicarles que habían señalado para la ejecución de él el día de la jura, esto es el siguiente. En consecuencia resolvióse que se incitaría á los soldados á la rebelión, exponiéndoles algunas dudas respecto á la realidad de la renuncia del zarewich Constantino, que por hallarse ocupado especialmente en el ejército, era muy bienquisto de éste; entonces y con el primer regimiento que se negase á jurar, saldrían en busca del regimiento más inmediato, y así consecutivamente hasta haber reunido una fuerza bastante imponente para encaminarse á la plaza del Senado, batiendo marcha para congregar al pueblo. Los conjurados esperaban que, llegados á la plaza, bastaría una simple demostración, y que el emperador Nicolás, repugnándole emplear la fuerza, entraría en tratos con los rebeldes, y renunciaría á sus derechos á la soberanía, en cuyo caso le impondrían las siguientes condiciones: «1.ª Que sin dilación se convocase á los diputados de todos los gobiernos. 2.ª Que el se-



nado publicase un manifiesto diciendo que los diputados votarían nuevas leyes orgánicas para el régimen del imperio, y 3.º Que interinamente se nombraría un gobierno provisional, del que formarían parte los diputados del reino de Polonia, á fin de tomar las disposiciones conducentes á la conservación de la unidad del Estado.» Si el emperador, antes de aceptar las trascritas condiciones, solicitase celebrar una entrevista con el zarewich, se le concedería, con el bien entendido que á los conspiradores y á los regimientos sublevados se les señalaría un acantonamiento fuera de la ciudad para acampar en él pese al invierno y esperar de esta suerte la llegada del zarewich, que encontraría reunidos los estados para presentarle una constitución redactada por Nikita Murawieff, y, si aceptaba, jurarlo, ó, de no, destituirlo. Si, lo que no creían los conjurados, el gran duque Constantino reprochaba la insurrección, entonces se daría como pretexto de ella el amor hacia su persona; y en cuanto á Nicolás, si se negaba á un arreglo sería arrestado junto con la familia imperial, y se decidiría su suerte según las circunstancias. En caso de salir mal el golpe, los conjurados evacuarían la ciudad y propagarían la insurrección.

El conde Alejo sólo había tomado parte en aquella discusión larga y ruidosa para hablar en contra de la mitad de las proposiciones y escuchar con indiferencia la otra mitad; pero no obstante su oposición y su silencio, habían sido aprobadas por mayoría de votos, y, adoptadas, dióse á entender que no le cabía otro remedio que seguir adelante como si las circunstancias le hubiesen ofrecido probabilidades de triunfo.

De éste parecían estar completamente seguros los demás conspiradores, que tenían puesta toda su confianza en el príncipe de Trubetskoi; y tan es así, que uno de ellos, Bulatoff, al salir y dirigiéndose al conde, exclamó con entusiasmo:—¿No es verdad que hemos

elegido un jefe admirable?—Sí, respondió Waninkoff, es de estatura muy aventajada.

Tal era el estado de ánimo del conde cuando se recogió y me encontró en su casa.

## XVI

Como lo que yo tenía que decir á Luisa no era para tranquilizarla, y, por otra parte, no desesperaba de que alguna circunstancia imprevista haría abortar la conspiración, me encaminé á mi casa, y ví de tomar algún descanso; pero tal era mi preocupación, que me desperté al amanecer, me vesti, y fuíme á la plaza del Senado, en la que reinaba la más completa tranquilidad.

Con todo eso los conjurados no habían perdido la noche. En virtud de los acuerdos tomados, cada cual se fué á su puesto, dirigido por Ryleyeff, que era el jefe militar, así como el príncipe de Trubetskoi lo era político. El teniente Arbutzoff tenía el encargo de sublevar á los marinos de la guardia; los dos hermanos Rodisco y el subteniente Gudimoff el regimiento de los guardias de Izmaïlowski; el príncipe de Stchepine Rostoffki, el segundo capitán Miguel Bestujeff, su hermano Alejandro y otros dos oficiales del regimiento, llamados Brock y Wolkoff, el regimiento de Moscou, y por último, el teniente Shutoff había respondido del primer regimiento de granaderos de la guardia. El conde Alejo negóse á desempeñar más papel que el de simple actor, prometiendo obrar como los demás; y como sabían que era hombre de palabra, y, sobre eso, no reclamaba representación alguna en el futuro gobierno, no tuvieron con él más exigencias.

Hasta las once permanecí, no en la plaza del Senado, pues hacía demasiado frío para que uno pudiese soportar el plantón, sino en casa de uno de tantos